LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547 MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 73)



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDES DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—Madrid.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Para poder abandonar el perjudicial

VICIO DE FUMAR

y conseguir la completa curación de las

afecciones de las vías respiratorias

tómense las

Pastillas del Dr. Laboschin

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

VILLA QUE SE ARRIENDA

En el paraje más bello del Sardinero, enfrente, sobre y junto al mar libre, en la carretera, é inmediata al ferrocarrilito, á 200 metros del Gran Casino, se cede una villa amueblada, con ropa para todos los servicios, diez camas, seis dormitorios, comedor, vajilla, servicio nuevo de mesa, etc., etcétera, etc.; y por la tercera parte de su precio á causa de tener que ausentarse los actuales arrendatarios. Darán razón en la Administración de EL LIBERAL.

AÑO I. Madrid, 14 de Octubre de 1911. NUM. 24



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

(Sometida á la Censura. No á la eclesiástica; á la otra.)

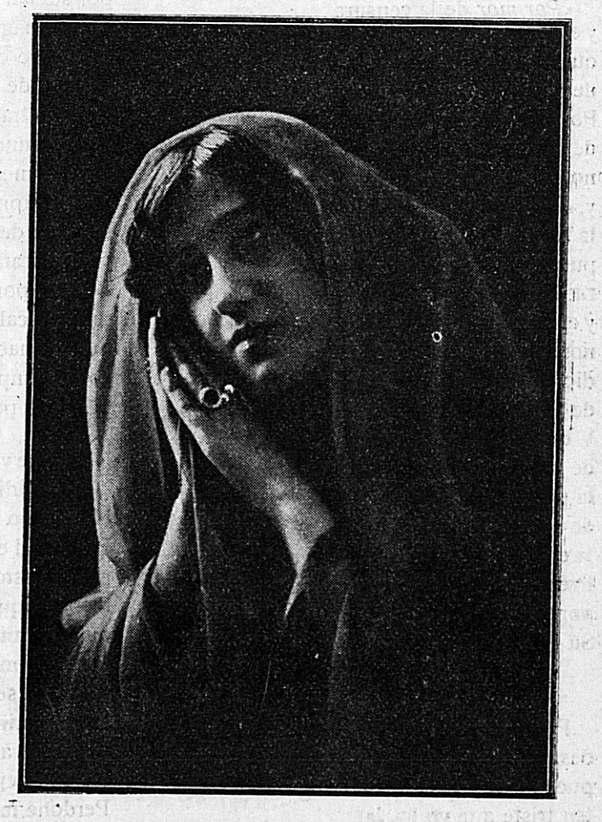
CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JOAQUÍN DICENTA
El Waterlóo de la duquesa.
J. JURADO DE LA PARRA
Reconditeces.
EDUARDO ZAMACOIS
El cuarto de hora.
EL CONFESONARIO
Artículos de MARÍA SANTA CRUZ y LAGARTIJILLO CHICO
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Amores célebres.
JOSE JUAN CADENAS
Amorcitos.
RAFAEL LÓPEZ DE HARO
La risa de la viajera.
ENRIQUE BAYONA
Una distracción.
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO
A una antigua amante.
Los amores de CHICOTE, MONCAYO y ONTIVEROS
TOVAR, FRESNO, ABAD, ROSON RANA y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Conchita Valiery, María Santa Cruz, Julia Sanz, Martínez Sierra, Lagartijillo chico, Ortiz de Pinedo y otros dibujos.

5 cénts.



CONCHITA VALIERY

Hermosa «divette» que en breve reaparecerá en Madrid.



ENMUDECER NOS MANDA EL GRAN PREBOSTE,
POR LO CUAL YO ME CALLO COMO UN POSTE.

Hallándome en la cama,
me entregan una carta *muy urgente*
del señor don Antonio de Lezama
(nuestro administrador), quien me reclama
los versitos del número presente
—¡Y eso que hoy *aún* es lunes!—Y me esçama
con un aviso del tenor siguiente:

✠

«*Por mor* de la censura
y el lápiz rojo del fiscal, le ruego
que prescinda, ¡por Dios!, de la verdura
de las hojas de parra.
Porque el Juzgado luego,
de frenesí, de rabia y de ira ciego,
nos da—cual de costumbre—la tabarra;
y, en cuanto que se anuncia
la salida, nos coge y nos denuncia;
pues siempre ve en LA HOJA
DE PARRA algún asunto que le enoja,
y en seguida nos fríe, nos socarra,
nos troncha, nos arruga y nos desgarra,
diciendo que la gente se sonroja
de esta publicación, ¡porque es muy *guarra!*
Y es preciso evitar que la recoja
de la calle, pues cuando nos la agarra
la policía con su fiera garra
de autoridad, no es floja
la emoción que mi espíritu acongoja.
Prescinda usted, por tanto, de lo verde,
porque, si no, ¡¡nos pierde!!
Su afectísimo,

ANTONIO DE LEZAMA.»

✠

Pegué un salto en la cama,
desnudo (no se alarme la censura,
pues no voy á tratar de la figura
tan triste que yo hacía),
y—abominando de mi suerte impía—
murmuré (¿se encarcela á quien murmura?,
pues, si se le encarcela, no murmuro):
—¡Por el Verbo encarnado,
que esto ya pasa de castaño obscu.o!
Conste que no censuro,
señor gobernador, á la censura;
pero, ¿qué voy á hacer, desventurado
de mí, si me prohiben la verdura
y es ella mi alimento acostumbrado?
¿Yo incurrir en las iras del Juzgado
municipal, ó el de primera instancia,
por ser tan delicado
de estómago, que al punto se me pierde
si ingiero otra substancia
distinta de lo verde?...
Si no entra en mis libérrimas costumbres
comer nunca ni carne ni pescado
porque me sientan mal; si las legumbres
son siempre el obligado
sustento de este mísero poeta,
¿voy á acatar la ley que me sujeta
—no sé por qué razón ni qué motivo,
señor fiscal—, á un régimen de dieta
que me hace la santísima? ¡No escribo,
con tal imposición, ni una cuarteta!
¡¡Lo juro por Dios vivo!!...

✠

Lo que voy á escribir es lo siguiente:
«Queridísimo Antonio de Lezama:
No quiero hacer las coplas, francamente,
que usted en su misiva me reclama,
porque estoy más caliente
metido aquí en la cama,
que en mi despacho—habitación sombría,
que, por mirar al Norte, es algo fría—.
Mi musa se desmanda
contra la insoportable tiranía
del que á abstenerse de verdor le manda,
y así lo dejaré para otro día.
Perdone mi forzosa rebeldía,
y adviértalo al lector.

Carlos Miranda.»

EL WATERLÓO DE LA DUQUESA

ENTRE todas las mujeres galantes de aquella época, que no brillaban precisamente por su moralidad y buenas costumbres, distinguíase la duquesa de X., dama de abolengo empingorotado, de sangre muy ardiente, aunque azul, poco cuidadosa del qué dirán, muy ufana de su hermosura y muy orgullosa de sus triunfos; triunfos notables y esplendorosos.

Era el Napoleón del deleite. Ninguno, absolutamente ninguno de los adversarios que decidió vencer en lides amorosas, pudo resistirla. Plaza masculina sitiada, plaza ganada por aquella implacable mantenedora de la hegemonía de Venus.

Los hombres de mayor significación en las ciencias, en las artes, en la política, en la milicia, en la tauromaquia y hasta en el clero (si no mienten las crónicas de entonces), habían sufrido la influencia dominadora de la duquesa; nadie en quien ella puso la vista pudo contrarrestar el imperio de aquellos ojos tiránicos y acariciadores. Se citaba el caso de un ministro que no fué á jurar ante la presencia del rey, por jurar sobre los labios de ella.

Y conste que el sujeto era, ó mejor dicho, iba á ser ministro en primeras nupcias.

¡Calculen ustedes si tendría razón para manifestarse orgullosa de su poderío incondicional la encantadora dama! Era irresistible. Así lo proclamaba Madrid entero. En el punto culminante de su gloria estaba la duquesa cuando vino a Madrid, y recomendado á ella, precisamente, un muchacho andaluz que no poseía más fortuna que su buena estampa y un libro de versos que aún no tenía estampa buena ni mala, porque estaba manuscrito y á disposición de los editores.

La actitud modesta y bastante fría que adoptara para con ella el mozo, el día de su presentación á la duquesa, dejó á ésta entre disgustada y sorprendida.

Bueno que el muchacho, dada su procedencia provinciana, fuese tímido; pero que tan lógica timidez no hubiera sido vencida por una mirada de deseo y por una frase de admiración hacia su hermosura, era cosa que no podía explicarse la ilustre señora.

Nuevas visitas, en las que el poeta andaluz mostróse, si no tan tímido, tan frío y reservado como en la primera, picaron el amor propio de la señora X. y decidió — caprichos propios de grandes triunfadores— amarrar al carro de sus glorias victoriosas aquel enemigo de mala muerte. Nada más que una leccioncita para que no presumiese de invencible.

La primera vez que, luego de esta decisión suya, recibió la duquesa al joven provinciano, estaba vestida con una bata de encajes blancos que permitía, por su transparencia, no adivinar, entrever multitud de sin pares encantos.

Caída descuidadamente sobre una *chaisse longue*, echada hacia atrás la cabeza, medio entornados los ojos, sonriente la boca y una pierna cruzada sobre la otra para dejar ver descuidadamente una media de seda azul que acariciaba el arranque de su pantorrilla estatuaria, era la duquesa la más provocativa imagen que pudo inventar el Amor para seducir á un Dios, ó el Diablo para tentar á un anacoreta.

Pues, como si nada. El joven habló indiferentemente de multitud de cosas; hizo el mismo caso de las provocaciones de la duquesa que de las coplas de Calainos, y se fué tan tranquilo.

Poco mas ó menos sucedió en otras entrevistas, en un almuerzo á solas, donde la duquesa contando con ella y con los vapores del vino imaginó triunfar. Nada; el mozo

NUESTRAS «AMIGAS»



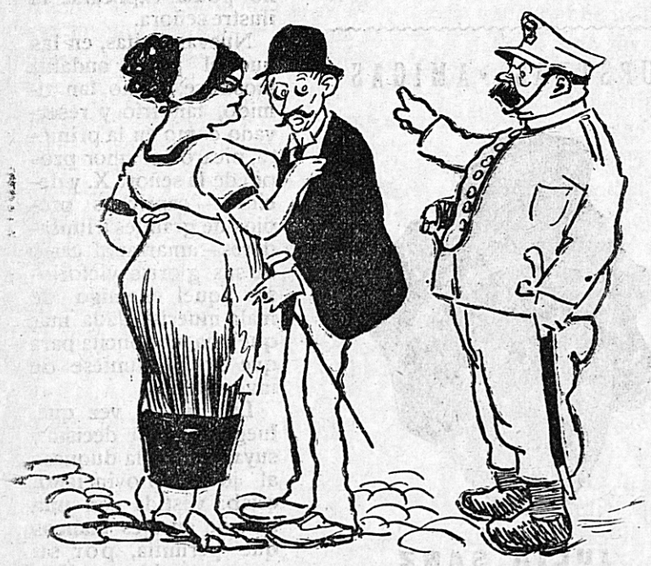
JULIA SANZ
(NENITA)

no se daba á partido y la duquesa se daba á todos los demonios.

—Esta noche será—decía la duquesa contemplando con despecho al joven que estaba junto á ella en el palco que tenía abonado en el Real.

Cualquiera hubiese apostado por la de X.

SUSPENDIDAS LAS GARANTÍAS...



El guardia.—Están prohibidos los grupos.
Ella.—Pero hay que respetar la libertad del trabajo.

en coche, se dejó caer junto á él sobre los almohadones del *landeau*, la duquesa esperó sin decir palabra, segura de vencer.

El joven habló..., habló de todo, menos de lo que la duquesa esperaba: del teatro, de la gente, de la ópera, del tenor, de la tiple.

—¡Bueno, bueno!—dijo la de X con acento nervioso—. Permítame usted una pregunta, joven. ¿No le gustan á usted las mujeres?

—¡Mucho!

—¿Entonces, por qué no me ha dicho usted nada?

—Porque, perdone—usted la franqueza—porque usted no es mi tipo.

—¡Que no!

—No, señora; mi tipo es otro muy distinto al de usted; por él muero y por él solamente suspiro. Es una mujer á quien hago el amor con toda el alma.

—¡Pero yo, yo no merezco también su atención! ¿No soy digna de que usted me haga el amor..., ni nada?... —gritó la duquesa en el colmo del despecho.

—¿Usted lo quiere?

—Sí, lo quiero, lo exijo.

—Entonces le besaré la mano para que no diga...

Y lo hizo con el más profundo respeto.

Joaquín Dicenta.

Su rostro brillaba como un astro de carne á la luz de las lámparas incandescentes; su cuello robusto y flexible se desvanecía en deliciosos curvas sobre el blanco y palpitante escote, escote tan hermoso, que la modista había tenido la bondad de hacer el corpiño muy bajo para robar la menor cantidad de belleza posible á los ojos humanos que tuviesen la fortuna de contemplarla, ya que no la de ser a traídos hacia ella por los redondos brazos que, semejantes á dos columnas de alabastro, caían á lo largo del maravilloso cuerpo de la duquesa de X.

Aquella noche, el triunfo de ésta sobre el provinciano era indiscutible. Así es que cuando, luego de invitarle á la salida del teatro para que la acompañase hasta su casa

RECONDITECES

Nadie sabe tus gracias como yo,
pues secretos no tienen para mí,
tu blanda almohada en que soñé y dormí
y el ligero cendal que nos cubrió.

Mi labio tus delicias apuró,
tu cuerpo al mío con ardor ceñí;
si lúbricos delirios te pedí,
locuras tu pasión me concedió.

¡Ay! Si el mundo supiera como sé
á qué arrebatos te obligó á llegar
la carne que á mi antojo estimulé...

¿Cómo pudiera entonces sospechar
que tú celosa de mi amor, sin fe,
no me llegaste ni un momento á amar?

J. Jurado de la Parra.

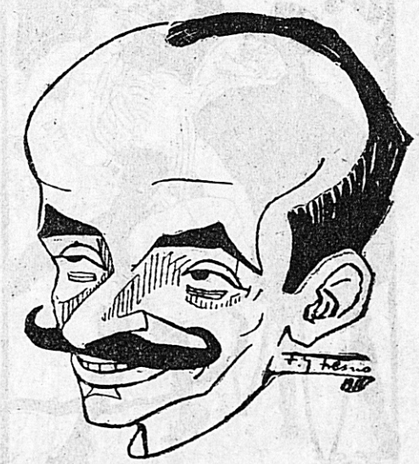
EL CUARTO DE HORA

JUANITA Torner le había robado el juicio con la salsa y pique de su geniecillo cascabelero, su nariz apicarada, sus ojos negros preñados de arrebatos agarenos, su cabellera fuerte y crespa y su color cetrino de gitana ardiente; era una de esas hembras diabólicas que á cada nueva posesión descubren ternuras y hechizos que al principio estuvieron velados por otros de mayor bulto y cuantía, y luego fueron apareciendo fingiendo al deseo el torturador antojo de una mujer de ensueño y embeleso, que no puede gozarse nunca... Aquello parecía lo *inapresable*, el espíritu de la belleza misma hecho carne, la desesperante quimera de las ninfas siempre vírgenes, forjada por los mirajes embusteros del inquieto deseo.

En la enfermiza exaltación de aquel cariño influía no poco la situación de Juanita Torner, casada con un viejo celoso muy ducho en lides amorosas, y las dificultades que Roberto había de vencer para dar vado á las exigencias de su deseo. Se veían á salto de mata, abrazándose y separándose en seguida, como pajarillos encelados que se acarician en la punta de una rama; y tras aquel fugitivo momento de expansión venían días inacabables, á veces semanas de dolorosa expectación, durante las cuales los dos amantes habían de contentarse con el billetito incendiario que Roberto deslizaba furtivamente en la mano de Juanita los domingos á la salida de misa, aprovechando la aglomeración de fieles que se agolpaban en la puerta.

En aquellos billetitos con que mutuamente se consolaban, Roberto empleaba el descompuesto lenguaje de los locos; ella le respondía con esa mansedumbre de las mujeres acostumbradas á resignarse, y sus cartas siempre envolvían una dulce esperanza que raras veces obtuvo inmediata realización.

«...Tus extremos me hacen sufrir mucho—decía—; ten más resignación, más fe en el porvenir, y aprende, bien mío, á sufrir como yo sufro. Mañana, á las seis de la tarde, pasa por mi calle; yo estaré detrás de los cristales del balcón; si saco el pañuelo vuelves por la noche y entras; si no te hago seña ninguna... ¡paciencia!... es que mis cábalas han fallado. Adiós, te beso en la boca...»



GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Autor de «Lirio entre espinas», zarzuela escabrosa, muy aplaudida por las damas.

Aquellas citas mantenían la amorosa afición de Roberto en perpetuo jaque; acudía á ellas emocionado, como el colegial que se fuga á media noche de su casa para concurrir á un baile de máscaras, y después de mucho esperar, componiendo en su imaginación series prolijas de sonrosados arabescos, veía á Juanita, que le miraba tristemente y luego se retiraba dejando caer el visillo y sin decirle nada. Así pasaban los días, y fueron muchas las semanas en que no pudo obtener hasta el sábado por la noche lo que el lunes por la tarde le prometieron.

Aquellas ocasiones que ambos enamorados asían como por los cabellos para verse, eran insuficientes: duraban diez minutos, quince á lo sumo... y Roberto se marchaba más enamorado que nunca, creyendo que su amada de hoy atesoraba más encantos y ardimientos que su amada de ayer; y como este fenómeno se repitió varias veces y él no tenía sosiego ni espacio para confirmar la verdad de sus imaginaciones, llegó á convencerse de que Juanita Torner era como mágico Prometeo del deleite, que cien veces cambia si otras tantas se rin-

de, y que dentro de su unidad guardaba y escondía tantas variedades que no podrían encerrarse en guarismos con ser inacabable la serie de los números.

Para despejar aquella incógnita necesitaba verla minuciosamente, oirla hablar unos momentos, ¡un cuarto de hora!... Ese divino cuarto de hora en que los sabios conquistan la gloria y los especuladores la fortuna y los amantes el supino placer... Instante solemne que, después de pasar, no vuelve nunca...

Y para Roberto, el cuarto de hora de su amor no había llegado aún.

✠

Eran pasados muchos meses, muchos... cuando la ocasión deseada se presentó, poniendo término novelesco á aquella espera inacabable.

El marido de Juana estaba concluyendo de vestirse para salir; le habían invitado á escuchar la lectura de una comedia que un amigo suyo acaba de escribir, y de la cual se hablaba mucho en el saloncillo de los teatros. La reunión empezaba á las nueve en punto; concurrían á ella varios novelistas y actores de gran cartel, y, tratándose de individuos de tanto fuste, no era cortés hacerse esperar.

—¿Tardarás mucho?—repetía la joven.

—No; entre doce y doce y media estoy aquí... ¡Adiós!...

—Te espero... ¿Sabes?... Te espero...



—¡Ah, señorita! Yo también tengo las piernas torneadas.

Y mientras el marido se marchaba por un lado, Roberto, que le espiaba, llegó por el otro. Juanita le condujo al gabinete, y en tanto la doncella, ladina confidente y protectora de aquel enredijo, preparaba sobre el velador un ligero piscolabis, los dos enamorados reían, reían con ese candor pueril de los dichosos.

—Las diez, las once, las doce, ¡tres horas!—exclamaba Roberto mirando su reloj.—¡Si parece imposible que en tan poco tiempo quepan los anhelos más grandes de mi vida!...

La doncella se había retirado cerrando la puerta y corriendo los cortinajes, y Roberto aproximó el velador al sofá; en medio de los platos bien surtidos de jamón en dulce, pastas y otras sabrosas golosinas, había una botella de Jerez añejo brillando á la luz del quinqué como una barra de oro.

—Anda, empieza tú—dijo ella.

—No; tú eres quien debes dar ejemplo...

Trasegaron algunas copitas de vino y tornaron á abrazarse, con lo que dieron comienzo á las *sublimes puerilidades* del amor, y hubo aquello de comer en un mismo plato y de beber en la misma copa y de hablar continuamente y sin sindéresis de todo y de nada...

Estaban sentados en sofá, cogidos de las manos, mirándose á los ojos, confundiendo sus alientos...

—Por fin, estás como yo deseaba—decía Roberto—y puedo mirarte á mi sabor y recrearme con tus palabras y emborracharme con tu hermosura... y descansar después junto á tí de la embriaguez que tu belleza me produzca...

Entre tanto, los relojes proseguían su marcha imperturbables, llevándose en el engranaje de sus máquinas jirones de felicidad.

—¡Así quería yo tenerte—repetía Roberto—así!...

El quinqué colocado sobre el piano bañaba la habitación en una luz ténue y soñolienta que batallaba con la oscuridad que invadía los ángulos; sobre el velador quedaban los restos del festín y la botella de Jerez casi vacía; por los cortinones entreabiertos del dormitorio se veía la cabecera de un lecho, alto, dorado y soberbio, como un trono oriental. El cuarto de hora del supremo deleite se acercaba...

La joven se había puesto de pie, con los brazos caídos y la gentil cabeza echada hacia atrás, en la voluptuosa actitud de una diosa pagana. Roberto, cogiéndola por las manos, la arrastraba suavemente. El dorado instante del codiciado bien estaba allí, tras los cortinajes... Juanita Torner, excitada por el vino, se abandonaba, lanzándose al peligro con una dulce inconsciencia de sonámbula. La mujer prudente había desaparecido en ella, y quedaba la hembra bravía, sensual, que quiere entregarse...

En aquel momento dramático resonó un campanillazo y se oyeron los pasos precipitados de la doncella que se acercaba sigilosamente. Después, la puerta del gabinete se abrió y apareció la sirviente con los labios lívidos de terror.

—Señora—balbuceó— el señor...

La joven, con ese valor que las mujeres demuestran en las ocasiones difíciles, se rehizo prontamente, y mientras la doncella iba á abrir, Juana indicó á Roberto con un ademán la puertecilla de escape: ni siquiera tuvieron tiempo de despedirse, y el joven huyó desapareciendo en las tinieblas del dormitorio.

—¿Cómo, eres tú?—exclamó Juanita al ver á su marido;—¡cuánto me alegro!... Me encuentras levantada porque me dolía el estómago y no quise acostarme sin antes comer algo... Le había echado los brazos al cuello y le besaba amorosamente, excitada aún por el recuerdo de su amante. El la abrazó también, muy ufano de verse tan agasajado; y mientras la joven le ayudaba á quitarse el gabán y á descalzarse las botas, el feliz esposo murmuraba:

—¿No sabes? ¡Me he aburrido! ¡Vaya una comedia! ¡Y á eso llaman escribir! ¡Qué diálogos tan soporíferos, qué estilo tan premioso, qué símiles tan resobados, qué chistes tan recalentados y qué argumento! ¡Eso sobre todo!...

Acababa de quitarse el chaleco y tuvo que interrumpir sus explicaciones sofocado por Juana, que le besó en los labios.

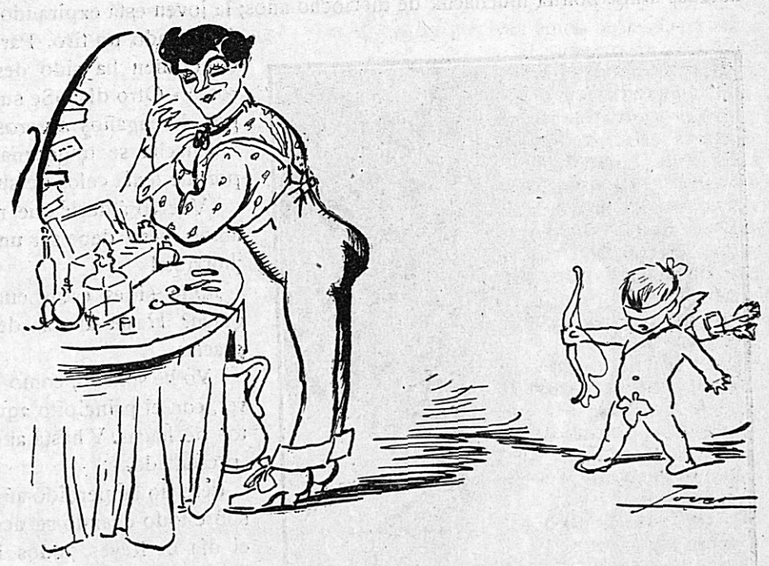
—¡Qué argumento, qué asunto tan viejo!... ¡El eterno asunto de que en este mundo, lleno de incongruencias, todo anda del revés y que, generalmente, los tontos calientan las castañas que otros han de comerse!... ¿Eh?... ¿Qué te parece?...

Ella lanzó una carcajada corta, impúdica, y repuso:

—Que has acertado, pero completamente, créeme... ¡Vamos á dormir!. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .



¡EL AMOR ES CIEGO!

Y el malaventurado Roberto, que logró escapar de su escondrijo sin ser visto de nadie, salía á la calle maldiciendo y pensando en aquel fiero sarcasmo del Destino, que le había burlado trocando el cuarto de hora de la suma felicidad, en el menguado cuarto de hora de la suprema ridiculez.

Eduardo Zamacois.



El Confesonario

MARÍA SANTA CRUZ

QUE qué es para mí el amor? Yo no sé lo que será; pero debe ser una cosa muy mala, muy mala, horrorosa, casi casi. No hay más que ver los periódicos, en qué forma hablan del amor. Un día: «Un hombre ha asesinado á otro por celos.» Otro día: «Un joven ha dado de puñaladas á una bonita muchacha de dieciocho años; la joven está expirando; el muchacho se ha pegado un tiro. Parece que la causa del crimen ha sido desavenencias amorosas.» Otro día: «Se suicidó un hombre por desengaños amorosos.» Otro: «Una muchacha se tragó una caja de cerillas, porque tenía celos de su novio.»



MARÍA SANTA CRUZ

A quien hay que ver haciendo de «La casta Susana».

Vuelvo á decir que no sé lo que es el amor; pero debe ser una cosa ¡horrible!, ¡horrible!

¿Que si es estoy enamorada de alguien? Hasta ahora, de nadie, á Dios gracias.

Yo he soñado, como todas las mujeres, con el principito aquel de los cuentos de hadas. Y hasta ahora no se me ha presentado.

Pero no he perdido aún las esperanzas; sobre todo cuando se acerca Navidad y el día de Reyes, todos los años siento una gran emoción. ¡Si llegará! ¡Si no llegará!

¿Que como me gustaría que fuera mi hombre para enamorarme de él? Este es mi secreto. En primer lugar, si llega el principito, se acabó todo. Si no llega, aunque mi corazón será siempre para él, comenzaré á pensar en las condiciones de aquel á quien voy á querer. Pero ahora no lo puedo decir, porque me conviene estar bien con todos. Si digo que me gustan los altos, los que son bajos se me van á enfadar; si digo que los gruesos, los delgados me pondrán mala cara; si digo que los morenos, no me podrán ver los rubios; si digo que los rubios, no me podrán ver los trigueños.

En resumen: que ahora no puedo decir nada; pero prometo avisar á los lectores de LA HOJA oportunamente.

Maria Santa Cruz.

LAGARTIJILLO CHICO

Mi iniciación en estas cosas de Amor se la debo á una señora de mi tierra, viuda, cincuentona y religiosa.

Me van á perdonar ustedes que no entren detalles y les cuente minuciosamente «cómo fué». Sepan que yo era un arrapiezo de once años... y nada más.

Después... después, ¡le han sucedido á uno tantas cosas! Quien más, quien menos, joven, alegre y con dinero, hace lo suyo. Añádase á esto un poco de popularidad, y supónganse...

Pero la gran aventura de mi vida, merecedora de contarse, aunque su recuerdo me amargue un poco, me ocurrió va á hacer dos años, cuando yo acababa de casarme como manda Dios.

Recién casadito, en pleno disfrute de la luna de miel, eché para Méjico, y allí estaba acordándome de mi mujercita y tan satisfecho de haber nacido, cuando una tarde al obscurecer se me presentan en el hotel en que me hospedaba dos policías y me dicen que estoy detenido por asesino.

¡Santo Dios, qué susto me llevé! Yo no me acordaba de haber matado á nadie; pero era lo que yo me decía: «—¡Cuando estos señores lo aseguran!...»

Total, que los «polis», más graves que Dios, me llevaron hasta la jefatura, sin condolerse de las preguntas suplicantes que yo les hacía durante el camino.

Una vez en la jefatura, un señor cano y calvo, con quevedos, se me quedó mirando, y me dijo:

—De modo que usted es el matador.

Yo, claro está, dije que sí.

—Servidor de usted.

—Pues entonces—me dijo—va usted á hacer el favor de prestar declaración.

Y empezó á preguntarme y á dictar una cosa que yo iba á firmar, en la que aparecía como que yo había sacado de su casa á una muchachita, la había llevado á un baile, la había emborrachado, había hecho con ella no sé qué cosas y había acabado matándola nada menos.

¡Figúrense ustedes!

Protesté, como es natural; pero empezaron los otros señores á chillar, y quieras que no, me encerraron en un calabozo triste y lóbrego.

Allí estuve ¡¡treinta y seis horas!!, pasadas las cuales me enteré de todo lo ocurrido. Me habían confundido con Gaona.



PEPE MORENO

Se decía que la chica aquella, cuya muerte atribuyeron injustamente á mi compañero Rodolfo, había sido víctima de un torero que vestía un traje claro y representaba pocos años, y la policía tropezó conmigo y me detuvo.

Durante varios días no se habló de otra cosa.

«Lagartijillo Chico era un matador de mujeres, un violador, un...»

En Méjico se aclaró lo que conmigo se refería prontamente. Pero en España no me libré de que los periódicos publicasen mi retrato y mi mujer se llevase el disgusto que es de suponer al creerme complicado en el suceso aquél.

¡Qué desagradable!

Vean ustedes como el refrán es nna sentencia:

No tiene uno más crédito que el que le quieren dar.

¡Ni aun con su propia mujer!...

José Moreno.

LAGARTIJILLO CHICO

AMORES CÉLEBRES, PUESTOS EN SOLFA

RAFAEL Y LA FORNARINA

I

MARGARITA Fernández (a) la *Fornarina*, fué una de las más hermosas y más apasionadas mujeres que tuvieron la bondad de florecer en los comienzos del siglo XVI. Y bien puede asegurarse que nació para amar, no obstante ser hija de un apreciable individuo que tenía tahona.

No sabemos si la Fornarina era católica y apostólica; pero de que era romana no nos cabe la menor duda.

Vivía en la parte de Roma llamada *Transtévere* ó sea «Detrás de las trébedes» según unos, y al otro lado del Tíber, según otros.

Junto á la casa del panadero padre había un jardín precioso.

El Tíber le lamía. No al panadero, sino al jardín, y éste se hallaba cerrado y separado del resto de Roma por una tapia muy baja.

La Fornarina vivía dichosa disfrutando de aquel sitio tan ameno y agradable.

Algo molesto resultaba que no estuviera la finca en el centro de la ciudad, pues á lo mejor la chica ó el padre necesitaban aceite, bacalao, lejía Fénix ú otros elementos de vida, y tenían que ir á Roma por todo. Por los alrededores de la panadería inmortal circulaba poquísima gente. Sólo algún poeta medio *chalupe*, ó algún coleccionista de insectos transtiberinos ó algún pintor de historia más ó menos limpia, pasaban junto á las tapias del susodicho jardín. Mas puede afirmarse que para ninguno de los que tal hicieron, pasó desapercibida la hermosura de la Fornarina.

Todos, empinándose para ver lo que éste hacía al otro lado de la tapia, se chupaban los dedos observando cómo la Fornarina jugueteaba con los peces del río ó con algún conejo que tuviese á mano, ó, en fin, con lo que le daba la real gana, pues para eso estaba sola y era libre como el aire... libre.



CORREGGIO—**IO Y JÚPITER**

II

Entre los curiosos á que me he referido, figuraba, por casualidad, un pintor que no dejaba de revelar felices disposiciones.

Llamábase Rafael Sanzio, era natural de Urbino y manejaba las paletas (no aludo á las mujeres de pueblo) con gran afición desde muy joven.

Este pintorcillo había nacido en Abril de 1483. Había tenido madre.

Esta no se llamaba Ruperta, ni Sisebuta, como otras madres, sino Magia, y no sabemos á qué se dedicaría, por más que presumimos que fué autora de comedias. ¿Quién no ha oído hablar de las comedias de Magia?

Rafael también tuvo un padre, pintor muy estimado, según he oído decir á los que tuvieron el gusto de tratarle; pero el pobre señor falleció, según creo, de resultas de haber chupado en mal hora un pincel.

Huérfano el muchacho, tuvo que buscárselas, como cada quisque, y en 1495 estudió la pintura con un tal Perugino, tan buen pintor como especialista en la confección de timbales de macarrones.

Según queda apuntado, cierto día, regresando de copiar un alcornoque que por casualidad se encontraba en el campo y tenía mucho parecido con el padre de la hija del panadero, acertó Rafael á pasar junto á la tapia famosa en el momento en que la bella Fornarina se lavaba los diminutos pies en las aguas del Tíber.

Detúvose el gallardo pintor; púsose de puntillas junto al muro, dirigió sus ojos pardos á la hermosa cuanto aseada panaderilla, y así la dijo, apoyando el agitado corazón en la tapia hasta horadarla con sus palpitaciones:

—¡Chist... Chist!...

—¿Qué se os ofrece, pálido mancebo?

—Deseo hablaros. ¿Estáis sola?

—Como si lo estuviera. Porque los animales que por aquí pululan no se meten en nada.

—¿Os referís, por ventura, á vuestro padre?

—No tal. Ese no sale nunca al jardín.

—¿Dónde suele estar, pues?

—Metido en el horno.

—Entonces se hallará más caliente que vos.

—¡Quién sabe!

—Es decir, que en este momento, el buen hombre...

—Está haciendo pan francés. En cuanto termina la hornada de las roscas, se lía con las francesillas.

—¡Qué tunantón!

—Luego se mete con las bizcochasdas, y por último se enreda con los cuernos.

—¡Bravo! Pero váis á permitirme que os diga una cosa. Esta conversación tendrá toda la miga que queráis; pero yo desearía que entablásemos otra de más *miga*.

—Hablad — añadió la Fornarina secándose los níveos pies con una lechuga.

—Es el caso, encantadora joven, que estoy enamorado de vos como un borrico.

—¡No será tanto!

—¿Querríais corresponder á mi pasión? Temo que me deis calabazas, teniéndolas tan á mano; pero...

—Nada, joven hechicero, no sois tan vivo como yo me imaginaba.

—¿Por qué decís eso?

—Porque no habéis leído en mis ojos que os amo también como una loca repentina. Cuatro minutos hace que me habláis, y llevo tres...

—¿Estáis sumando?

—No: digo que llevo tres de amaros brutalmente; ¡tres minutos de dicha eterna!

—(¡Caracoles!)

—Y en verdad os digo que yo, pobre ribereña, que por entretenerme en algo cultivo el *sport* de la adivinación, desde luego os profetizo que seréis mi amante toda la vida, que cobraréis gran fama de pintor, aunque no cobréis todos los trabajos que os encarguen; que yo misma os serviré de modelo para vuestros cuadros de desnudo, porque á la belleza de mis facciones saben corresponder dignamente la blancura y la exuberancia de mis carnes; que seréis tan notable arquitecto como hábil escultor; que decoraréis el palacio de la Farnesina y el Café Suizo; que Agustín Chigi protegerá nuestros amores facilitándonos el medio de vernos todos los días; que andando el tiempo admirarán como auténtico en la Galería



El niño. — Démelas usted muy calientes que es como le gustan á papá.

Barberina (Galería de los Barberos) de Roma un retrato mío, que será quizá de alguna cantaora que se me parezca, y finalmente, que vos, además de inmortalizarme copiándome en vuestros cuadros, crearéis, á veces inspirado por Miguel Angel, á veces por Sorolla, obras tan admirables como *El pasmo de Sicilia, El Parnaso, La Sacra Familia, La escuela de Atenas, Santa Catalina, El retrato de Frascuelo y La Transfiguración*.

Calló la Fornarina, dejando á Rafael sus-



—Pero, hombre de Dios, ¿no ve usted que va aplastando á esos niños?

—Caballero, son míos.

penso y con la boca abierta. Después la cerró para relamerse de gusto, y su hechicera cuanto repentina amante tuvo que volverle en sí mediante un ardiente ósculo, cuyo eco repercutió en las ondas del río, asustando á los pobres peces, los cuales aumentaron visiblemente sus escamas desde aquel momento.

III

Todo cuanto dijo la encantadora Fornarina, en una forma, por cierto, impropia de la hija de un panadero, se realizó después al pie de la letra.

¡Qué venturosos fueron los dos!

Rafael pintaba mucho tomando á su amante por modelo, y pasaba tan buenos ratos copiándola, y había tantas y tales interrupciones en su artistica tarea, que el pobre pintor se vio obligado, por Destino el fiero, á dejar esta vida miserable mucho antes de lo que él hubiera deseado.

La hermosa, fresca é incitante Fornarina vivió enamorada y feliz, dándose mucho pisto cuando elogiaban la belleza de las figuras pintadas por su amante.

El panadero falleció tambien. Si no, aun seguiría viviendo.

Débese su muerte á un atracón de roscas morrocotudo; por lo cual, aunque era un ángel, supongo que no habrá ido á la gloria derecho, sino enroscado.

Hay autores que citan al padre de la Fornarina, no como panadero, sino como fabricante de *sosa*. Pero esto no es verosimil en tal padre, dado el salero que la hija de sus entrañas trajo á este pícaro mundo.

Juan Pérez Zúñiga.

AMORCITOS

Ya sé, bien mío, que el amor ardiente
que en todos tus escritos se refleja,
tanto te ocupa ya, que no te deja
la vida disfrutar tranquilamente.

Condenada á vivir eternamente
tras de la celosía ó de la reja,
de tal encierro tu razón se aleja
en busca de otro cielo y otro ambiente.

Bien convencido estoy, amada mía,
de que tu amor es como el mío, inmenso
manantial de placer y de alegría.

Y mira... Mi pasión por tí es tan loca,
que cuando en todos tus encantos pienso,
se me escapan los besos de la boca.

José Juan Cadenas.

LA RISA DE LA VIAJERA

CADA uno de los compañeros de cacería se metió donde pudo, en aquel minuto de parada del expreso ante la desolada estación rural en que tiritábamos, esperándolo á las tres de la madrugada. Yo irrumpí sin consideraciones en un departamento que venía á obscuras. ¡Y no fué carcajada la de ella cuando, enredado en mi capotón de monte sin poderme valer porque la escopeta, el zurrón, el maletín, los zahones, la cantimplora, la bocina... entorpecíanme por igual brazos y piernas, tropecé en su «plaid», semejante á una gran piel de pantera, y caí pesadamente, casi estropeándole los pies, que huyeron nerviosos bajo el bullón suave!

Carcajada perlina de garganta joven, campanillera carcajada; somatén á mis instintos, brutos y pujantes al cabo de tres semanas de vida montaraz entre hombres y jaras...

Enfrente, otro viajero arrebozado hasta la bisera de su gorra; viajero por el dato de un pie grande y basto, entrevisto al claror cegato de los faroles de aceite—como la semejanza del «plaid» de ella con la piel de pantera—en la estación, quedada ya atrás, borrada en la noche. He aquí la situación.

A tientas coloqué mis bártulos en la red, produciendo de intento ruído y trastorno para que él despertase. Cayó un cabás y mi hombre roncaba imperturbable, aunque le dí un rodillazo; mientras ella, acurrucada, invisible, reía en la obscuridad con aquella su risa endiablada é irritante.

Conmigo debió entrar en el departamento un fuerte olor á tomillo; sino que, con escopeta encerrada en rico estuche de cuero, maletín magnífico, lujosos arreos de caza, y en el expreso, no era lógico que me tomase por un guarda jurado. Por sí ó por no, bisbisé al sentarme, obligándola á encogerse más para dejarme sitio, á sus pies:

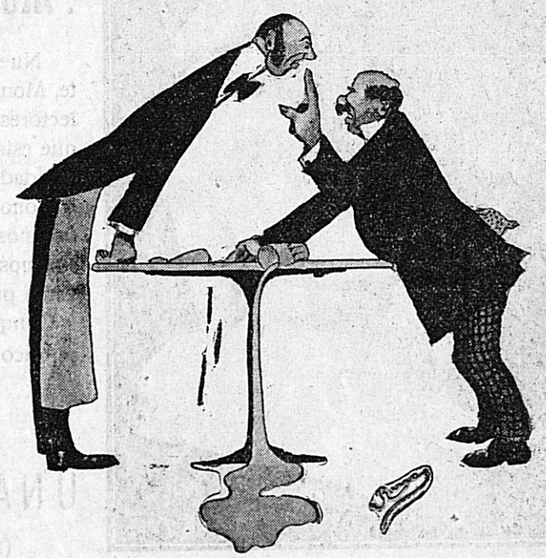
—*¡Pardon, mademoiselle!*

¿Señorita? ¿No era mucho decir? Pues, no. porque hay carcajadas cristalinas y encogimientos gatunos sólo imputables á una señorita—entiéndase, porque sería mucho aventurar, á una damita joven. Y elegante ésta: De seda la falda bajera y las medias, que rocé sin querer al acomodarme. ¿Quieta? ¡Quieta! ¡Oh, su risa! La pierna tensa, fina junto al zapato inglés, y luego bombeada, henchida, túmida hasta el lazo y el broche de alcurnia inconfundible... ¿Quieta? ¡Quieta! ¡Oh, su risa cosquillosa y apagada en el rebujo del «plaid», semejante á una gran piel de pantera, que ocultaba el rostro de la maravillosa tierna, cálida y rotunda!...

Se reía, se reía... Y él—¿marido? ¿padre?—roncaba como una cuerna de caza en el monte. ¡Oh, el monte! ¡Oh, la umbrosa frondosidad en el fondo del valle! ¡Oh, la encantada gruta misteriosa!

Se reía ella, se reía... Dócil, ingrávida bajo el «plaid», en las tinieblas cómplices de

LECHE ADULTERADA



—¡Por la leche que me han *dao* no vuelvo más á este café!..

su tácita permisión. Se reía á todo con risa cada véz más débil y entrecortada, que llegó á ser gemido delicioso, suspiroso hipo, cuando conseguí, después de varias pruebas, en el asiento, encontrar la postura cómoda para no molestarla, acoplándome al fin y dejando al tren que con su blanda agitación, recorriendo la vía rectamente, nos moviese silenciosos, hasta que el sueño, con el meneo acompasado, al plácido calor, al sucoso contacto, nos viniese á los dos.



JOSÉ CLARÁ.—**El crepúsculo**

Figuráos al despertar, ya de día, que sale de entre el «plaid» una mujer,joven, eso sí, pero chata, hocicona, repugnante... que se reía, se reía...

Y figuráos que, al abrir los ojos el supuesto marido ó padre, se espeluzna, como yo, horripilado.

Y que ella, la maldita, se reía, se reía...

Ya en el andén de Madrid, pregunté á mi hombre intencionadamente:

—¿Venían ustedes mucho tiempo solos?

Me respondió sollozante:

—Yo monté de noche, como usted. Cuando me dormí iban cuatro.

Nos despedimos sin una palabra más.

—¡Qué tonto!—me diréis.

Y yo os digo:

—Tenéis razón. Era fea como un perro. Pero ¡qué tonto! ¡Qué tonto!

Rafael López de Haro.

Los amores de Chicote : Moncayo y Ontiveros :

Nuestros tres admirables actores, Chicote, Moncayo y Ontiveros, van á contar á los lectores de LA HOJA DE PARRA, en artículos que están escribiendo, sus más «íntimas intimidades».

Conocemos algunos de los «secretillos» de estos dignísimos amigos de LA HOJA, y estamos seguros de que sus «historias» nos van á proporcionar un triunfo loco.

Conque disponganse ustedes, señores del público...

UNA DISTRACCION

(MONÓLOGO REPRESENTABLE)

El expreso de París sale á las ocho y cinco minutos y ya son las siete y cuarenta y cinco.

¡Qué barbaridad!

Sólo tengo veinte minutos para guardar toda mi ropa, darle un beso al retrato de Enrique, vestirme y marcharme á la estación...

¡Puf!... ¡Qué calor tan horrible! Estamos en Diciembre y sudo, no obstante, como una segadora...

Vaya; no perdamos un instante.

Primero los pantalones, ahora las enaguas y el vestido de amazona. Aunque no..., se me puede arrugar. ¡Estos baules son tan pequeños!...

(Vacila.)

—En fin, bien está así, lo importante es no perder el tren... ¡Malditas prisas!... Una camisa, dos... cinco... Ahora recuerdo que la lavándera no me ha traído la ropa... ¡Así se muera tísica!... Amén... Estos viajes precipitados son peores que un incendio; lo que no se rompe se pierde. *(Distraída.)*

—No puedo olvidar las pretensiones del marqués... ¡Ja, ja!... Decía que no podía vivir sin mí, que yo era su ilusión... Y el muy desvergonzado se atrevió á cogerme del brazo para acompañarme hasta aquí.

¡Qué bruto!

Gracias á que yo le paré los pies, diciendo:

—Venga usted mañana, á las nueve... Le recibiré en mi mismo cuarto...

¡Qué cara puso de satisfacción! ¡Y qué cara pondrá luego cuando venga preguntando por mí y el mozo le diga!:

—La señorita se ha marchado á París en el expreso de las ocho y cinco... ¡Ja, ja, ja!... Daría cualquier cosa por estar viéndole por un agujerito...

(Se entretiene un momento arreglándose el pelo delante del espejo. De pronto lanza un grito.)

—¡Ah!... ¡Qué cabeza la mía! Ya no me acordaba. ¡Son las ocho menos diez, y el tren sale dentro de un cuarto de hora!... Pronto, pronto, venga toda la ropa, de cualquier modo; lo esencial es que no se me olvide nada.

(Coge un retrato que está sobre la cama y lo besa.)

—¡Pobre Enriquito mío! ¡En qué malas condiciones vas á viajar esta vez! En el fondo de un baúl... Venga ropa, todo revuelto, así, aprisa, aprisa... El sombrero y mis zapatos de baile, juntos..., ¡no importa! La sombrilla, el gabán, el impermeable..., ya no queda nada...

¡Diablo!... Lo malo es que ahora no puedo cerrar el baúl... ¡Maldita sea mi suerte!...

(Llaman d la puerta.)

—¡Señorita Amalia!

—¿Quién?...

—El mozo que viene por el baúl.

—Espere usted un momento, que no estoy vestida.

—Dése usted prisa, porque el tren sale á las ocho y cinco en punto...

—Ya lo sé.

—¿Entro, pues?

—¡Hombre del demonio!... ¿Cómo quiere usted que le reciba en pantalones?

(Se oye una especie de gruñido y la voz del mozo que murmura.)

—Bueno; conste que, si no llegamos á tiempo, yo no tengo la culpa.

(Amalia no responde y sigue forcejeando.)

—¡Maldito baúl!... ¡Uy, qué rabieta estoy pasando!... Milagroso será que no me den anginas de coraje...

(Tras muchos trabajos, consigue cerrar el baúl. Son las ocho menos dos minutos. El mozo vuelve á llamar.)

—¿Señorita, qué hacemos?

CONQUISTADORES CALLEJEROS



(Caricatura original del concejal antisacramental Sr. Rosón.)

DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO

En Filosofía médica sigue las huellas del doctor Letemendi; en política, las del portugués Bombarda; en periodismo, las nuestras, y en la calle... las de toda la que se le mete en la cabeza. ¡Que le caben algunas!

—¿Pero está usted ahí todavía?

—Sí, señora. Aguardando.

—Espere usted á que me vista.

—Perderemos el tren.

—Un instante nada más...

—Imposible.

(Ella hace un gesto de desesperación.)

—Bueno..., ¡qué demontre!... Entre usted... Estoy casi desnuda, pero no importa... Ahí tiene usted el baúl. Vaya volando...; le daré